

Franz Werfel

La dura leyenda
de la sogá rota

y otros relatos

Traducción del alemán de
RICHARD GROSS

NOTA BIOGRÁFICA

AUTOR TAN PROLÍFICO COMO polifacético, Franz Werfel (Praga, 1890 - Beverly Hills, 1945) cultivó los géneros de la poesía, la narrativa, el teatro y el ensayo, destacando en todos con una creación exquisita que le mereció la admiración de sus colegas escritores (Hugo v. Hofmannsthal, Franz Kafka, Thomas Mann, Rainer Maria Rilke o Arthur Schnitzler, para citar a los más célebres) y le confirió gran popularidad. Se le considera uno de los fundadores del expresionismo en literatura, después de que su poemario *Der Weltfreund* [El amigo del mundo], salido a la luz en 1911, cosechara un fulminante éxito de crítica y de público. A este estreno siguieron otras nueve colecciones de poemas, trece obras de teatro y una veintena larga de novelas de extensión variable, desde miniaturas de pocas páginas, como las reunidas en el presente volumen, hasta auténticos novelones del tipo *Los cuarenta días del Musa Dagh*. Si a esta ingente producción le sumamos

el hecho de que no pocas de sus obras fueron llevadas a la pantalla y a la radio (en forma de radioteatro), además de ser traducidas a numerosos idiomas, podemos concluir que Werfel figuró durante décadas entre los escritores más difundidos de las letras alemanas.

Nació en el seno de una próspera familia industrial germanojudía de Praga, ciudad en la que cursó la educación primaria y secundaria en los colegios de los Escolapios y de San Esteban, respectivamente, recibiendo en idioma alemán las clases impartidas en su mayoría por profesores checos. Este crisol étnico, cultural y religioso, tan característico del imperio austrohúngaro, marcaría su personalidad y pensamiento e impregnaría su obra, plasmándose en los lugares, personajes y temáticas de esta. Es en Praga donde se forma su espíritu literario, nutrido por el fecundo intercambio con el grupo de letraheridos del café Arco, también llamado «círculo de Praga», compuesto por Max Brod, Franz Kafka, Gustav Meyrink, Rainer Maria Rilke, Ludwig Winder y otros; es allí donde despunta como escritor, y será el ambiente de la metrópoli eslava el que siempre va a acompañarlo con nostálgicas reminiscencias. Tras una breve estancia en Hamburgo (su padre lo envía a la ciudad hanseática a hacer una pasantía en la empresa de un amigo con el fin de que abandone el camino de la literatura) y dos años en Leipzig (en calidad de lector editorial del renombrado

sello de Kurt Wolff), en julio de 1914 es llamado a filas para combatir con los ejércitos austrohúngaros en la Primera Guerra Mundial, una experiencia que, en notorio contraste con buena parte de los intelectuales de la época, asume desde el principio con una manifiesta actitud pacifista que se ve reflejada en una sátira y varios poemas antibélicos.

Asignado al Cuartel de Prensa de Guerra, vive el final de la contienda en Viena y, durante los convulsos últimos meses de 1918, milita en la Guardia Roja, un grupo revolucionario cofundado por el periodista Egon Erwin Kisch, episodio del que más tarde se avergonzaría. Se establece en la capital de la ahora República de Austria, entre otras razones porque ha conocido a la rutilante e imponente Alma Mahler —viuda del compositor y (todavía) esposa del fundador de la Bauhaus, Walter Gropius—, que se convertirá en su musa y guía, y a la que permanecerá unido hasta la muerte en una relación tormentosa y trufada de encontronazos, motivados no pocas veces por el visceral antisemitismo de ella. En el salón de Alma, frecuentado por artistas, científicos y políticos, trata con la élite ilustrada de la joven república, y en compañía de Alma realiza extensos viajes a Italia y a Oriente Próximo, que le inspirarán para su escritura. Sin prodigarse en apariciones públicas, no deja de participar en los debates del momento histórico, perfilándose como defensor

de valores cristianos y antitotalitarios, una actitud denunciada como «werfelismo» y que le granjea feroces críticas por parte de ambos extremos del espectro literario y político. Es en Viena donde llega al apogeo de su carrera literaria; sus piezas teatrales se representan en los escenarios más importantes del país y el extranjero, sus novelas alcanzan elevadas cifras de venta, se ve distinguido con prestigiosos galardones.

Este auge se resquebraja en 1933, a raíz del ascenso al poder del nazismo en la vecina Alemania, que para los escritores proscritos del régimen como él significa, entre otras penalidades, la quema de sus libros y la pérdida de cerca del 90 % de su público lector. Los siguientes jalones en el cataclismo de su mundo son la anexión de Austria por la Alemania nazi en marzo de 1938 y la ocupación por la misma de su Praga natal y la República Checoslovaca un año después. El atropello de la anexión de su patria electiva lo coge en territorio foráneo (Capri), una casualidad que lo salva de las vicisitudes de un campo de concentración y, posiblemente, de la muerte violenta (encabezaba la lista de los escritores más buscados por la Gestapo). Tras un breve paso por Zúrich se muda, siempre al costado de Alma, a París y, seguidamente, a Saint-Germain-en-Laye y Sanary-sur-Mer, localidad esta última en la que durante un tiempo confluyó lo más granado del exilio alemán y austríaco (Brecht, Drach, Feuchtwan-

**LA DURA LEYENDA
DE LA SOGA ROTA**

- * El título alemán, *Die arge Legende vom gerissenen Galgenstrick*, encierra un doble sentido. Además de «soga», *Galgenstrick* significa «bellaco» y «carne de horca», y *gerissen* (que aquí aparece con su forma declinada) se refiere a una persona astuta o taimada. Por tanto, se habría podido optar también por un título como «La dura leyenda del bellaco taimado». Al final, nos hemos decidido por la versión que hemos considerado más sugerente y expresiva. (N. del t.)

I

QUE LOS JUSTOS CORREN mala suerte en la tierra y los bellacos se cobran su «pingüe recompensa» aún en vida, es verdad ingrata que la Biblia no calla. Significa, eso sí, un trago amargo para las personas creyentes o prestas a la fe, pues evidencia que la justicia de los poderes superiores parece todavía más dudosa, remisa, complicada y hasta indiferente que el derecho terrenal, y que nuestras férvidas ideas de un orden moral del mundo no responden en absoluto a aquel orden sobrehumano, pero también inhumano, que es intrínseco al universo.

A veces, empero, tal estado de cosas puede desquiciar al más redomado de los ateos. De hecho, se producen señales y milagros —señales inequívocas y milagros extraordinarios— para salvar a los bellacos y hacerlos eludir su castigo gracias a una sofisticada intercesión del cielo. A este respecto cabe conceder cierta lógica al orden mundial, por cuanto que el favor que dispensa a los pequeños delincuentes no se contradice

en modo alguno con la generosa práctica que usa con los grandes criminales. Semejante milagro ejemplar del cielo obrado en beneficio del demonio fue referido, poco tiempo ha, por alguien que semanas atrás había vuelto de la guerra civil de España a nuestra siempre curiosa villa.

II

LAS ÚLTIMAS columnas de las hostigadas milicias abandonaron la ciudad de Málaga hacia el mediodía. La vanguardia de las tropas de los generales entró a la mañana siguiente. Entre salida y entrada no medió un día completo. Así como existe una tierra de nadie, un espacio vacío entre los frentes, existe también un tiempo de nadie que surge entre ejércitos enemigos puestos en movimiento. Todas aquellas ciudades y localidades a las que alguna vez les ha tocado la desgracia de convertirse en territorio bélico conocen ese tiempo de nadie, que, bien es cierto, en ninguna parte se manifiesta de forma tan pavorosa como en el ámbito de una guerra civil.

Es como si la marcha de la naturaleza claudicara. Los pájaros, como en un eclipse solar, de pronto suspenden el canto, su afligida mudez es francamente audible en el entorno. Cunde una calma chicha pérfida y fantasmal; no obstante, el ralo humo de las casas no se eleva, sino que, cobarde y rastrero, permanece adherido a los tejados. Los gallos no cantan. De cuando en cuando gañe un perro. La gente se amadriga, e incluso los lagartos se estremecen con preocupación en

las grietas de las tapias de los huertos que acotan una oscuridad de árboles ambigua y acechante. Se ha instalado una pausa, la quintaesencia de una pausa, helada a la vez que explosiva de puro suspense, entre dos gritos de terror.

Hacía días que nadie en la ciudad ignoraba que las cosas sucederían de esta y no de otra suerte. El mando de las fuerzas leales no había engañado a la población acerca del destino que la aguardaba. Quienes estaban amenazados dispusieron de tiempo de sobra para ponerse a salvo. Un número considerable de indecisos se unieron en el último momento a las milicias en repliegue, llevándose a sus mujeres, hijos y pertenencias. A otros se les insistió en vano; hicieron oídos sordos a los buenos consejos y se negaron a abandonar la ciudad en la que estaban arraigados con su vida y existencia. Ocioso es subrayar que se trataba casi exclusivamente de personas llamadas idealistas. Había entre ellas médicos, abogados y funcionarios públicos, el editor del diario local amén de sus redactores, dos escritores bien conocidos en el país, un pintor cuya fama trascendía las fronteras, catedráticos, profesores, ingenieros y una gran cantidad de gente sencilla pero amenazada por el odio de los vencedores. La razón de su permanencia no fue de ninguna manera un heroísmo infructuoso, sino la despreocupación, la ligereza y, en la mayoría de los casos, la comodidad y aquella deplorable falta de ima-

ginación para el mal que a menudo expone al peligro a personas valiosas. A ellas y a sus congéneres se les oían una y otra vez las consabidas frases funestas, frases que dan testimonio de lo incorregible que es la humanidad:

«No puede durar mucho»... «no será para tanto»... «a mí personalmente no me puede pasar nada»... «seguro que a mí no pueden imputarme nada. Nunca me he metido en política ni he hecho mal a nadie».

Duró mucho y sigue durando. La cosa fue para tanto y para más de lo que la miedosa fantasía quiso imaginar. A quien no podía pasarle nada, le pasó. Él precisamente fue imputado y se le ocasionó el mal que no había hecho a nadie.

El nuevo centro penitenciario se situaba en las afueras de la ciudad. Consistía en una serie de edificios de racional diseño, con patios animados por árboles, de los cuales, prueba cabal de una mentalidad avanzada, todos los adeptos del humanismo estaban muy orgullosos. En aquellos días, el penal, triste pero digno de aprecio por sus características, se convirtió en un foco de los acontecimientos. Ya en las primeras horas sucesivas a la entrada de las tropas dictatoriales, los inocuos idealistas arriba citados fueron barridos de todas partes y arrojados a la cárcel. Con celeridad innarrable los vecinos de la bella ciudad se mudaron de cómplices incondicionales del Gobierno en fanáticos partidarios de la rebelión de los generales. No fue ni

WEISSENSTEIN,
EL PERFECCIONADOR
DEL MUNDO

• EUROPA, 1911! DORADO OCASO de una era cuyas preocupaciones más graves se nos antojan hoy paradisíacas. De los titulares de las gacetas no brotaban vientos de odio ni goteaba sangre. El mundo se exaltaba por una ópera nueva, un libro audaz o una visión radical del arte. El sensacionalismo aún no olía a exterminio y privación de derechos a millones de personas. Aquellas aciagas psicosis que en la actualidad se llaman «ideologías políticas» llenaban por lo pronto las marcadas y mesadas cabezas de algunos soñadores, lunáticos y apóstoles diletantes. Los salvadores sociales y nacionales, en pleno e inalterado goce de sus defectos, no residían todavía en las cancillerías imperiales, sino en los asilos de noche.* Uno se los encontraba en los enmohecidos tugurios de pequeños burgueses amantes del politiquero verbal o, en el mejor de los casos, en los cafés de los literatos. Esos cafés, halláranse en París, Viena o Berlín —lucían nombres tan despectivos

* Alusión a Adolf Hitler, quien entre 1910 y 1913 vivió en la residencia de hombres Meldemannstraße 27 de Viena destinada a varones sin hogar. (N. del t.)

como «Café de la Megalomanía»—* no sólo eran los semilleros de las siempre cambiantes modas del arte, sino laboratorios de brujería intelectual donde se cocía el horror futuro que ahora se ha hecho presente.

Nuestra historia comienza en uno de aquellos cafés. Se situaba en una esquina de la misteriosa Praga, ciudad de las torres grises, las sombras pesadas y los exquisitos bichos raros. En mi juventud yo adoraba ese café. Ejercían sobre mí una magia de imán los interminables debates envueltos en humo de tabaco, ese sumamente peligroso ambiente de camaradería y animadversión, de emotiva solidaridad y venenosa soberbia critica. Para todo joven artista, semejante «café de la megalomanía» era la inexcusable prueba de fuego que había de superar. Decidía acerca de su admisión en el círculo selecto de quienes habían vencido al «burgués» en sus adentros. En muy raros casos, el establecimiento se convertía en el divertido limbo de la fama, constituyendo, eso sí, la fama a los ojos de los concurrentes una imperdonable recaída en la burguesía.

En aquel entonces, en una neblinosa noche de diciembre, me encontraba con mis amigos en dicho café a pesar de mi condición de soldado. Estaba cumpliendo mi año de servicio militar como sargento de un regimiento de artillería regioimperial. Pocas semanas

* Nombre un café de Múnich. (N. del t.)

atrás, había salido a luz mi primer libro, un poemario titulado «El amigo del mundo». El pequeño volumen había causado cierto revuelo (un revuelo decididamente ingrato en mi ciudad paterna, Praga). Pero, frente a mis amigos de la misma edad, tenía ahora la ventaja de ser un «autor impreso», en parte ponderado benévolamente, en parte vapuleado con escarnio por la prensa. Siendo uno que había logrado desafiar a la crítica burguesa, constituía el centro de nuestra juvenil tabla redonda. Recuerdo que aquella noche de diciembre hablábamos de Dostoievski. ¿En qué noche y en qué temporada *no* hablábamos del escritor ruso? Era el santo patrón de nuestra generación. Tal vez estábamos discutiendo sobre *El idiota* cuando se acercó a nuestra mesa un personaje que parecía haber salido de la mencionada obra. Era un varón de muy baja estatura, un gnomo, un duende de postura marchita, pero todavía joven. Tenía las manos cruzadas de forma extraña sobre el vientre: le caían fofas como hojas aún no del todo desarrolladas. Llevaba el duende la cabeza inclinada hacia el hombro derecho. Era una cabeza abultada, tan inmensa que, para hacerle justicia, había que aplicarle el término clínico de «hidrocéfala». De la cumbre de su frente desaforadamente abombada surgía un pelo negro crespo y rebelde. Bajo unas cejas muy ralas nos miraban con espanto unos bellos ojos oscuros. No he vuelto a ver, ni siquiera en animales,

LA DANZA DE
LOS DERVICHES

*He aquí que perdieron los que
desmintieron el encuentro con Alá...*

El Corán,
azora VI, versículo 31

En un arrabal de El Cairo. Atravesamos una sucesión de pasajes angulosos. Salvando un buen número de escalones flanqueados de muros semide-ruidos, nuestro camino conduce a una plazuela en pendiente. La cierra, en su lado inferior, a modo de callejón sin salida, una aljama ruinosa con un minarete muy deteriorado. Entramos, a la izquierda, en una construcción de madera que por su exterior se parece a un gran templete lignario. Dentro se abre un espacio alto rematado por una cúpula de mezquita con ornamentación pintada, pero su imaginería podrida se cae a trozos. Una galería liviana rodea la sala en la altura...

Hace pocos días visité las grandes mezquitas de Mohamed Alí y Sultán Hasán. Espacios inmensos, cúpulas esplendorosas que se elevan flotantes al aire.

Las enormes superficies están cubiertas de alfombras inflamadas, y de un sinfín de cadenas y cuerdas de oro penden los globos de vidrio de la iluminación eléctrica. Esos no son templos, pensé para mí, sino castillos palatinos, serrallos, palacios del padishá de todos los padishaes, al que llaman Alá. Mohamed, que es su profeta, era un hidalgo, su señor feudal y jefe de armas. El islam es una religión fundada desde arriba. Carece de todo elemento de añoranza, secreto, sombra, amor desdichado y, por tanto, de mística. El día del musulmán está colmado de un solo dios, el cual impera en el núcleo de un ceremonial todopoderoso y de estricta observancia. A la vista de aquellas mezquitas vacías y de vivos colores, no entendí la fuerza que convirtió al devoto en derviche, en combatiente enfurecido, que antaño sometió a medio orbe a sus dominios...

Es aquí donde ahora he de comprender mejor esa fuerza.

El espacio en el que nos encontramos no tiene carácter rutilante ni sagrado. Antes bien, da la impresión de un lugar sospechoso, reticente y de mala fama, donde se celebran contubernios u orgías. En su centro, cercado por una baranda, está recortada una pista de baile poligonal, casi redonda. Evoca un circo, un local de baile o establecimiento de variedades europeos. Aquella pista está recubierta por una tarima de tablas bien conservadas, mientras que los espectadores, co-

locados alrededor, nos hallamos sobre tierra apisonada. No somos muchos: un reverendo británico, varios árabes y unos niños ruidosos. Más tarde, se nos unen algunos extranjeros.

Todos esperamos con calma y sin la menor impaciencia, a pesar de que ya han transcurrido tres cuartos de hora sobre el momento anunciado.

Entonces, del día de cruda luz, emerge a la penumbra un puñado de míseras figuras. ¡Gente vieja! ¡Rostros cansados, consumidos! ¡Blanquibarbudos! Lucen gorros altos de pardo amarillento, largas prendas blancas ceñidas en el talle por un cinturón, negros capotes y babuchas gastadas en los pies desnudos.

Hasán, mi guía, explica que aquellos derviches no suelen ser árabes, sino persas. De su ciencia poco fidedigna infiero que se trata de una secta de derviches de Próximo Oriente que se remonta a un fundador llamado sultán Mohamed Ahmed, quien habría vivido cuatro siglos atrás. Acepto la lección. Pero el mayor de los derviches, el señor de todos ellos, el gran mahdi del Sudán, ¿no se llamaba él también Mohamed Ahmed?

Acuden cada vez más ancianos de su especie, todos de aspecto enfermo y endeble. Que esos personajes lastimeros sepan bailar o incluso puedan caer en el éxtasis es algo completamente impensable.

Solo detecto entre ellos a dos hombres de menor edad: uno cuarentón, de tipo eminentemente persa

ÍNDICE

NOTA BIOGRÁFICA, 9

LA DURA LEYENDA
DE LA SOGA ROTA, 15

WEISSENSTEIN,
EL PERFECCIONADOR
DEL MUNDO, 53

LA DANZA DE
LOS DERVICHES, 69